

LA QUINCENA TRÁGICA DE 1913

Francisco VELA GONZALEZ
Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

SUCESOS DEL DÍA 9 DE FEBRERO

EL CUARTELAZO DEL 9 de febrero de 1913 contra el gobierno legítimo de don Francisco I. Madero, se había venido preparando con mucha anticipación. De hecho ya era del dominio público que algo grave estaba por suceder, y si bien no se tomaron medidas inmediatas para hacer abortar la insurrección, fue debido en parte a la ciega confianza que el presidente tenía de que nada iba a suceder y en parte a que sus colaboradores más cercanos se dejaron arrastrar por esta confianza, pues no dieron la importancia debida a los rumores que circulaban de boca en boca respecto al próximo levantamiento y no tomaron oportunamente las precauciones necesarias.

Los principales conjurados contra el gobierno de Madero eran los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz, Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz y el licenciado Rodolfo Reyes, hijo de don Bernardo.

El general Reyes había estado detenido en la Prisión Militar de Tlaltelolco, debido a que a fines de diciembre de 1911 había intentado rebelarse contra el gobierno maderista, estimando que aún podría contar con la enorme popularidad y el prestigio que indudablemente tenía cuando en su momento pudo haberse enfrentado al octogenario Porfirio Díaz como candidato a la presidencia de la República; ventajas que se esfumaron al aceptar sumisamente el destierro disimulado con el pretexto de una comisión militar en el extranjero. Al penetrar al país ya como revolucionario, el general Reyes sufrió el más doloroso desengaño al darse cuenta de que nadie respondió a su llamado y de que sus escasos acompañantes en esta aventura poco a poco lo fueron abandonando hasta que, decepcionado por el rotundo fracaso, optó por rendirse ante un comandante de rurales en Linares, N. L., de donde fue enviado a la ciudad de México para ser internado en la mencionada prisión militar.

Su hijo, Rodolfo Reyes lo visitaba libre y frecuentemente en la prisión y desde allí estuvieron fraguando cómo derrocar

al gobierno legítimo, desgraciadamente muy desprestigiado, sobre todo en la Capital a consecuencia de la insidiosa campaña periodística sostenida por los partidarios del antiguo régimen, inconformes con el triunfo de la Revolución de 1910.

El general Félix Díaz, sin antecedentes militares, pero creyendo haber heredado el prestigio de su desterrado tío, el general Porfirio Díaz, estaba seguro de que a un simple llamado suyo, todo el antiguo Ejército Federal se pondría a sus órdenes para derrocar al presidente Madero, se declaró en rebeldía en octubre de 1912 contando sólo con la guarnición del puerto de Veracruz, al mando de un pariente suyo, sólo para sufrir, como el general Reyes, la más triste desilusión, porque en ninguna parte del país fue secundada su actitud, y él mismo, en lugar de salir a conquistar territorio y ganar adeptos, cometió la torpeza de encerrarse en el puerto, donde fue sitiado por las fuerzas leales y al fin hecho prisionero. Allí mismo se le sujetó a Consejo de Guerra, el cual como era de esperarse lo condenó a muerte y si bien se salvó de la máxima pena, fue debido a la nunca desmentida magnanimidad del presidente Madero, a las gestiones de un numeroso grupo de damas de "la mejor sociedad" capitalina y sobre todo a la decisiva influencia de la masonería, dentro de la cual ambos ostentaban los más altos grados.

Tanto el general Reyes como Félix Díaz debían pues la vida a la magnanimidad del presidente, pero, a pesar de ello, ambos fracasados estaban descontentos de su suerte y deseaban reivindicarse; por eso, con la ayuda del licenciado Reyes y de otros desafectos que gozaban de libertad, se dedicaron a preparar el movimiento sedicioso.

El general Manuel Mondragón, de escuela netamente porfiriana, tenía mucho prestigio y ascendiente, sobre todo entre los miembros del Ejército Federal, era el más activo de los conspiradores; se le conocía como especialista en artillería y tal vez éste fue el motivo de que en dicha arma logró conquistar más adeptos para la insurrección.

El general Gregorio Ruiz, relativamente poco conocido, gozaba de fuero como diputado en el Congreso. Ambos, Mondragón y Ruiz, fueron quienes catequizaron a los oficiales de la Escuela Militar de Tlalpan y a una buena parte de los alumnos "aspirantes". (Había además la circunstancia de que esa Escuela Militar había sido fundada por el general Reyes durante su actuación como ministro de Guerra en el gabinete de Porfirio Díaz).

El plan general del levantamiento, que debió de estallar

el 5 de febrero y por alguna razón se pospuso hasta el domingo 9, era apoderarse del Palacio Nacional al mismo tiempo que serían liberados los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Alguien ha dicho que los cadetes del Colegio Militar se habían comprometido a aprehender al presidente Madero con el fin de evitar el derramamiento de sangre, lo cual es muy dudoso, ya que esta ameritada institución siempre se ha distinguido por su lealtad, y prueba de esto es que fueron precisamente ellos quienes escoltaron a Madero cuando esa mañana se trasladó al Palacio Nacional. No es inseguro suponer que algunos oficiales sí estuvieron de acuerdo con los insurrectos, pero el hecho es que, de ser cierto, no se decidieron a quebrantar la tradición de lealtad del Colegio.

La noche del 8 de febrero, encontrándose los "aspirantes" de Tlalpan acuartelados por órdenes de la Jefatura de la Plaza, fueron despertados sigilosamente, ordenándoseles que se armaran y municionaran. Los de caballería salieron de inmediato rumbo a la ciudad, mientras que los de infantería, llevando consigo una ametralladora, marcharon a paso de camino rumbo a Huipulco, en cuyo lugar asaltaron el tren que salía a Xochimilco y en él se dirigieron a la ciudad de México. Aún no despuntaba el día, dice don Alfonso Solís Solís, superviviente de aquellos días, ex alumno de la Escuela Militar de Tlalpan y que sin desearlo tomó parte en los acontecimientos, cuando el citado tren irrumpió por la antigua calle de Flamencos, hoy Pino Suárez, como a tres calles del zócalo, donde lo abandonaron y cargando con la ametralladora se encaminaron hacia el Palacio Nacional, del cual se apoderaron sin ningún contratiempo, pues las guardias, a cargo del 2º Batallón, les franquearon la entrada. Eran más o menos unos 200 "aspirantes" los que habían llegado; sin pérdida de tiempo se dividieron en tres grupos: uno al cuidado de la ametralladora, colocada en la puerta principal apuntando al zócalo, otro subió a las azoteas dando frente al mismo zócalo y a la antigua calle de la Moneda, hoy Emiliano Zapata, y el tercero, menor en número, ocupó las torres de la catedral.

Así estaban las cosas más o menos a las 6 de la mañana del domingo 9 de febrero, cuando el "aspirante" Solís, que estaba desarmado pues no queriendo combatir contra el gobierno cedió su arma a uno de los de caballería que había perdido la suya, presenció la llegada al Palacio Nacional del ministro de Guerra, general Ángel García Peña y Gustavo Madero, hermano del presidente, ignorantes de que el Palacio estuviese en poder de los insurrectos. Vio cómo un oficial disparó su arma contra el general García Peña hiriéndolo ligeramente

en un hombro, al mismo tiempo que los cristales de una ventana, rotos por el disparo de un "aspirante", le causaban una herida en el carrillo derecho. Los dos sorprendidos visitantes fueron desde luego arrestados.

Mientras esto sucedía el valeroso general Lauro Villar, comandante militar de la Plaza, al enterarse de los hechos ocurridos en el Palacio, se dirigió al cuartel del 24º Batallón de donde con premura recogió a los únicos 60 hombres que allí se encontraban y llevando como ayudante al mayor Casto Argüello avanzaron sobre Palacio, forzaron la puerta del Cuartel de Zapadores y penetraron al patio central sin ser sentidos por los descuidados "aspirantes".

Serían las 6.30 ó 7 de la mañana, cuando el "aspirante" que nos ha proporcionado estos datos, estando en la azotea de Palacio, vio entrar a la fuerza al general Villar por la puerta posterior del patio central y observó cómo se fueron repartiendo a ambos lados ocultándose detrás de las columnas, mientras el propio general, vestido de civil, avanzaba por el centro; sacando su pistola y dando fuertes voces de mando sorprendió a los "aspirantes" y soldados apostados en la puerta central, logró imponerse y procedió a desarmarlos uno por uno. "Petrificados —dice Solís Solís—, paralizados por el asombro, sin protestar, e hipnotizados por tanta temeridad, fueron poniendo a sus pies todas sus armas", y luego ayudado por los oficiales y soldados que lo seguían desarmó a las otras guardias e hizo un montón con los fusiles. Tales hazañas del general Villar, narradas por un testigo ocular, desmienten la dolosa versión de que este valiente soldado había engañado a los "aspirantes" gritándoles, "¡Muchachos, Viva Félix Díaz, vengan a celebrar el triunfo!" y para destruir la no menos falsa e insidiosa especie de que el mismo militar había ordenado quintar a los "aspirantes", fusilando en seguida a los marcados por el destino, pues lo único que hizo con ellos fue mandarlos encerrar en una de las cocheras de Palacio.

Tan luego que la situación quedó dominada, fueron puestos en libertad el ministro de Guerra y don Gustavo Madero; se organizaron dos líneas de tiradores cubriendo todo el frente del Palacio, una de ellas pecho en tierra y la otra posterior, rodilla en tierra, y se colocaron dos ametralladoras en la puerta central. Lo raro del caso es que en ambas líneas, además de los 60 del 24º Batallón, se utilizaron también los mismos soldados del 20º que poco antes parecían estar con los "aspirantes" de parte de la insurrección.

Ya por entonces, los "aspirantes" de caballería unidos

con otros contingentes de la misma arma, algo de artillería y algunos civiles, llevando al general Mondragón como jefe, habían liberado al general Reyes de su prisión en Tlaltelolco sin ninguna resistencia de parte de la guardia, la cual también era del 20º Batallón. Por orden del general Reyes se dirigieron a la Penitenciaría del Distrito para sacar de ella a Félix Díaz. El director del establecimiento, Eduardo Liceaga, se oponía a entregarlo no obstante la amenaza de los cañones que apuntaban al edificio; pidió tiempo para consultar el caso con el gobernador del Distrito, pero al fin la situación se resolvió al ordenar el general Reyes que Liceaga fuera hecho prisionero y entonces su propio hijo, partidario de los felicistas, fue quien procedió a poner en libertad al detenido. Al salir de la prisión en compañía de los generales Reyes y Mondragón, los tres fueron recibidos con ruidosas aclamaciones de júbilo y salvas de fusilería.

A continuación la ya numerosa columna se puso en marcha rumbo al Palacio Nacional en la creencia de que este recinto se hallaría en poder de los insurrectos, pero como en el camino se recibieron informes de que estaba nuevamente en manos del gobierno, se comisionó al general Gregorio Ruiz para que, adelantándose con un escuadrón del 2º Regimiento, averiguara lo que en realidad había pasado.

Como a las 8 de la mañana, o quizá un poco antes, los defensores del Palacio vieron aproximarse a la pequeña fuerza del general Ruiz por la antigua calle de la Moneda, pero por alguna razón nadie pensó en averiguar de qué bando era, por lo que el citado general llegó sin ser molestado y su gente se formó correctamente frente a la puerta central. Entonces Ruiz se adelantó solo, al mismo tiempo que el general Villar salía a recibirlo acompañado de uno de sus ayudantes y al encontrarse tuvo lugar una corta escena en la cual Ruiz invitó a Villar a secundar la rebelión, asegurándole que contaba con muchos elementos, pero este último se negó a aceptar tal invitación y cogiendo las riendas del caballo ordenó al recién llegado desmontar y darse preso, a lo cual Ruiz tuvo que acceder y entró al Palacio como prisionero sin que el escuadrón a sus órdenes se diera cuenta de lo sucedido.

POR AQUELLOS DÍAS yo era un modesto estudiante de segundo año en la Escuela Nacional de Medicina y practicante en el antiguo Hospital Militar y ese memorable 9 de febrero salía de mi casa muy apresuradamente como casi siempre, pues tenía que presentarme al servicio a las 8 de la mañana. En la calle me sorprendió mucho la extraña quietud reinante,

pues no corrían los ruidosos tranvías eléctricos de Tacuba y Atzacapotzalco que me llevaban al zócalo; casi no había tráfico de ninguna clase y en el mercado de San Cosme, sito en la esquina de Ribera de San Cosme y 1ª del Ciprés, no había el acostumbrado griterío de los vendedores ambulantes; aquí y allá se veían grupos de gentes, comentando sin duda los sucesos; al acercarme a uno de ellos para preguntar qué pasaba, me informaron haber un levantamiento en el centro; que los "felicistas" pretendían derrocar al presidente Madero y "quién sabe" cómo se pondrían las cosas.

A pie me dirigí al zócalo, calculando que si llegaba tarde al Hospital tendría una buena disculpa y en el camino iba pensando que si realmente había una revolución yo tendría que estar de parte del gobierno, pues era sinceramente admirador de Madero, a pesar de que cuando las elecciones nosotros, los estudiantes de Medicina, habíamos armado una bronca fenomenal, pues sin duda por tratarse de un médico todos éramos partidarios del doctor Francisco Vázquez Gómez para la vicepresidencia de la República, en lugar del candidato "oficial" Pino Suárez.

El zócalo, de ordinario un lugar de mucho bullicio sobre todos los domingos, por ser entonces el punto donde convergían casi todas las líneas de tranvías eléctricos, ahora se me antojaba demasiado tranquilo; no llegaba ni salía un tranvía, escaseaban los voceadores de periódicos y otros vendedores y creo que hasta la catedral ha de haber estado semi-desierta, pues alarmas como la de una revolución en la propia ciudad de México cunden con gran rapidez.

Con muy justificada aprensión me fui acercando al Palacio Nacional y muy pronto me convencí de que algo serio estaba sucediendo, pues observé que delante de las dos líneas de tiradores ya mencionadas, estaba una pequeña fuerza de caballería formada frente a la puerta central, montada en magníficos caballos de color uniforme, con sus flamantes carabinas mausser en guardia y gritando algunos de ellos sonoros "vivas" al general Bernardo Reyes; mientras que las dos líneas de tiradores permanecían amenazadoramente mudas, quizá con cartucho cortado.

Al pasar frente a esta fuerza me salió al paso un nervioso coronel, quien caracoleando su caballo me preguntó en tono demasiado altanero: ¿A dónde va usted? A ofrecer mis servicios al gobierno, le contesté, sin darme cuenta que hablaba con uno de los sublevados, el coronel Luis G. Anaya, que había quedado al frente del escuadrón antes al mando del general Ruiz.

Mientras tanto, el general Bernardo Reyes y su numerosa comitiva o más bien columna, seguían avanzando confiadamente rumbo al codiciado Palacio Nacional, esperando que de un momento a otro el general Ruiz le mandaría algún informe sobre lo que había pasado.

Sin sospechar siquiera que sería testigo del primer acto de un sangriento drama, seguí con juvenil entusiasmo hasta llegar a la puerta central del Palacio, donde manifesté al joven oficial que salió a recibirme, que iba a ofrecer mis servicios al gobierno. Me llevó inmediatamente ante el general Lauro Villar, el cual me recibió con mucha seriedad y al repetir lo que acababa de decir al oficial de guardia, inmediatamente ordenó se me diera un fusil de los que habían sido quitados a los "aspirantes". No fue posible hablar más, pues en esos momentos comenzó a oírse una fuerte gritería, por lo que el viejo militar se dirigió apresuradamente a la puerta seguido de sus ayudantes y del que esto escribe, atraídos todos por la más natural curiosidad.

Pudimos entonces contemplar el imponente espectáculo de una gran multitud en rebelión, era un verdadero motín, de donde partían estentóreos "vivas" al general Reyes, no menos fuertes "muera" al presidente Madero y muchos alaridos salvajes que enardecían los ánimos y presagiaban la violencia. Se destacaba al frente de aquella imponente aglomeración la gallarda y conocida figura del general Bernardo Reyes, montando un brioso caballo, rodeado de "aspirantes" militares y algunos civiles a caballo, además de muchísima gente del pueblo a pie, carne de cañón, pueblo "globero" de la capital que no hacía mucho también había aclamado en forma apoteósica al hombre a quien ahora querían derrocar.

Avanzaba inexorablemente hacia la puerta central el viejo divisionario jalisciense, al mismo tiempo que el bravo general Villar salía solo a su encuentro y a unos cuantos pasos frente a la acera se entabló entre ellos dos un candente diálogo, del cual ni los que estábamos allí cerca pudimos oír una sola palabra pues la gritería iba en aumento. El caballo del general Reyes caracoleaba nerviosamente mientras el general Villar trataba de acercarse por el lado de montar, quizá tratando de cogerlo por las riendas para repetir su hazaña de capturar al adversario como lo había hecho con el general Ruiz poco antes.

Ni siquiera un minuto pudo haber durado el fuerte intercambio de amenazas. Era evidente que ninguno de los dos iba a rendirse; la situación se hacía cada segundo más peligrosa, hasta que el general Villar, desesperado y viendo có-

mo seguían llegando cada vez más contingentes de sublevados, dio la temeraria orden de “fuego” y de inmediato se desató la más descomunal balacera. Las ametralladoras con sus rapidísimos disparos parecían llevar el ritmo del combate sembrando la muerte por doquier y a veces se interrumpían brevísimos instantes como buscando nuevas víctimas. Las dos líneas de tiradores situadas frente al edificio también enviaban su mortífero fuego graneado sobre la multitud indefensa, que, presa de pánico, huía despavorida en busca de cualquier refugio, y en aquellos brevísimos instantes pude ver claramente cómo el rostro del general Reyes pareció de súbito perder toda su expresión, como si lo hubiera invadido un profundo sueño y su cuerpo ya sin vida se inclinó y cayó sobre el pavimento como despedido por su propio corcel que se alejaba en vertiginosa carrera.

El veterano divisionario, el hombre que en una época fue el ídolo del pueblo mexicano, había llegado hasta allí en busca de su reivindicación o de la muerte, y en ésta encontró la liberación eterna de todas sus inquietudes.

En esos mismos instantes fue herido en el cuello un sargento que estaba junto a mí; cayó arrojando grandes borbotones de sangre por la herida, y entonces, movido por el más elemental instinto de conservación o en otras palabras, por el temor de ser una víctima más, seguí el prudente ejemplo de un capitán que se refugió al lado derecho de la puerta al mismo tiempo que daba órdenes a un clarín de tocar repetidas veces “cese el fuego”, orden de la cual nadie hizo caso y menos los de afuera, es decir los insurrectos, que de seguro estaban tomando posiciones para seguir disparando sobre todo a la puerta, pues el zumbido de las balas que por ella entraban era algo impresionante. Un bravísimo oficial, sin temor a la muerte o quizá buscándola, dio un ejemplo muy difícil de imitar: tomando el fusil de uno de los soldados caídos, hincó en el suelo la rodilla y comenzó a disparar casi en el centro de la puerta, para caer sin vida unos cuantos segundos después.

Pasaron algunos minutos, el fuego continuaba en forma intensa, varios muertos yacían en la puerta y yo me encontraba aún desarmado; considerando que si los asaltantes entraban al Palacio sería vergonzoso que me hallaran donde estaba y sin armas, resolví, sin consultar con el capitán parapetado a mi lado, ir en busca del fusil que me fue ofrecido al llegar, sólo que para lograrlo tenía que pasar delante de la puerta, por donde seguían entrando muchas balas, o bien pasar por el corredor del fondo donde el fuego probablemente llegaba más disperso. Hice esto último y llegué sin dificultad al cuarto en

el cual había un montón de flamantes fusiles mausser, arma cuyo manejo ya conocía; tomé uno de ellos y una buena dotación de parque y volvía con la intención de parapetarme en algún lugar menos peligroso que la puerta, cuando por fortuna para mí, y sin duda para muchos otros, el fuego empezó a menguar hasta suspenderse totalmente, pues los revoltosos se habían retirado.

El combate había durado cuando más unos diez minutos, había muerto entre los primeros el general Bernardo Reyes, el general Villar andaba por allí apretándose un hombro con un pañuelo para detener la hemorragia de la herida; después supe, haber muerto también el coronel Morelos y, además del oficial que mencioné antes, hubo varias bajas entre los soldados de la guardia y entre los que estaban en las líneas de tiradores. El espacio frente a la puerta central quedó materialmente regado de cadáveres, casi todos ellos de gente del pueblo, que después fueron recogidos. Murieron también algunos militares, entre ellos un primo carnal del que escribe, el joven Isaac Talán, estudiante de caballería en la Escuela Militar de Tlalpan, y algunos otros.

El general Villar cumplió con su obligación al repeler a los insurrectos. El propio general Huerta declaró esto tiempo después, y si desgraciadamente resultaron muertos muchos civiles indefensos, la culpa fue de ellos mismos, pues el mismo general Reyes les había advertido momentos antes la inminencia del combate.

Es evidente que la mayor parte de los contingentes militares que seguían al general Reyes, entre los cuales había fuerzas de caballería, artillería y "aspirantes" montados, no alcanzaron a entrar en acción, pues todavía no llegaban al zócalo cuando se inició la lucha y al darse cuenta de la desbandada de la vanguardia, optaron por seguir rumbo a la Ciudadela. La defensa del Palacio estuvo a cargo de unos 140 ó 150 hombres (los sesenta del 24º Batallón que llegaron con el general Villar y los de las guardias a cargo del 20º Batallón), en consecuencia, no se necesita ser militar para comprender que si los rebeldes se hubieran reorganizado y atacado de nuevo, sin duda hubieran logrado su objetivo.

Pasado el intenso pero breve tiroteo, se ordenó que toda la gente disponible entrara al Palacio para ocupar las azoteas y se mandaron cerrar las puertas. Sin que nadie me lo ordenara ni lo impidiera, subí con los soldados a la azotea y desde allí pude darme cuenta de la gran cantidad de cuerpos inertes que habían quedado tendidos frente al Palacio Nacional.

Recuerdo vividamente, a pesar del casi medio siglo trans-

currido desde entonces, que mientras iban entrando al Palacio los soldados que habían formado las dos líneas de tiradores ya citadas, llevaron a la guardia a un individuo vestido de civil, probablemente uno de los conjurados, empujándolo de muy mala manera; el hombre se veía muy pálido, asustado, y tan luego como quedó detenido, se le acercó otro individuo civil para golpearlo sin piedad en la cabeza con el cañón de su pistola, y como el cuero cabelludo sangra profusamente con cualquier herida, cada golpe era un nuevo torrente de sangre que le corría por la cara y por todos lados, lo cual daba al pobre hombre un aspecto macabro aumentado por el pánico y los gestos de dolor. Sentí lástima por él, desesperación de no poder intervenir en su favor y profundo desprecio hacia el miserable que con tanta saña lo golpeaba a pesar de estar rendido e indefenso. Nunca supe quiénes fueron los actores en este sangriento espectáculo ni he podido olvidarlo, y sigo condenando la cobardía de tratar así a los vencidos.

HAGAMOS AHORA UN paréntesis para referirnos a la conducta del señor Madero mientras se desarrollaban los acontecimientos hasta aquí relatados.

Al tener conocimiento de lo que estaba sucediendo, el presidente, que residía en el Castillo de Chapultepec, sede también del Colegio Militar, ordenó que los cadetes del mismo se armaran y formaran para ponerlos al tanto de lo que había pasado y una vez informados de la situación, el Comandante ordenó que dieran un paso al frente todos los que quisieran escoltar al presidente, quien decidió ir a ocupar su puesto en el Palacio Nacional para hacer frente a la insurrección. Para gloria del citado plantel militar, siempre leal, se debe hacer constar que todos los cadetes como un solo hombre, dieron el paso al frente y al poco rato salía el presidente Madero montado a caballo, acompañado del ministro de Guerra general Ángel García Peña, del gobernador del Distrito, licenciado Federico González Garza y de muchas otras personas, escoltados por un buen número de entusiasmados cadetes. En el trayecto por el Paseo de la Reforma y la Avenida Juárez se le fueron uniendo algunos de sus colaboradores así como gran cantidad de simpatizantes y al llegar a la altura del Teatro Nacional, hoy Palacio de Bellas Artes, fue necesario hacer alto pues se empezó a oír un nutridísimo tiroteo en dirección del zócalo. Era en aquellos históricos momentos cuando el general Bernardo Reyes se presentaba para morir frente al codiciado Palacio Nacional. Como siguiera el tiroteo por algunos minutos, la columna que acompañaba al señor Madero

comenzó a desorganizarse, de hecho algunos elementos de la policía montada desertaron y en medio de aquella confusión comenzó a discutirse desordenadamente si convenía que el presidente continuara hasta el Palacio Nacional, como opinaba el ministro de Guerra, o si sería más prudente su regreso al Castillo de Chapultepec, por lo cual optaba Victoriano Huerta, quien vestido de civil acababa de incorporarse a la comitiva. La confusión se agravó al ver que uno de los soldados de la policía montada caía víctima de una bala perdida o, como creen algunos, por efecto del disparo de algún francotirador apostado en uno de los edificios cercanos; la situación empeoró al observarse que por las calles de 16 de Septiembre corrían algunos caballos desbocados y sin jinete, los cuales evidentemente procedían del zócalo, donde los insurrectos estaban siendo rechazados.

A invitación de los propietarios de la antigua Fotografía Daguerre, entonces en el número 4 de la Avenida Juárez, el señor Madero y algunos de sus acompañantes entraron a dicho edificio. Fue en esos momentos de confusión y de incertidumbre cuando el general Huerta ofreció sus servicios al presidente, quien desgraciadamente los aceptó para que se hiciera cargo de la situación.

Uno de los que acompañaban al señor Madero en esta ocasión, dice que tan luego como éste se detuvo en la fotografía mencionada, se ordenó a los cadetes dividirse en tres columnas para avanzar hacia el zócalo por las calles de 5 de Mayo, San Francisco, (hoy Avenida Francisco I. Madero) y 16 de Septiembre, no tardando en posesionarse de la Plaza de la Constitución y de las torres de la catedral, donde los "aspirantes" que las ocupaban se rindieron sin ofrecer resistencia. No es pues cierto que Madero fuera tiroteado desde dichas torres al llegar a la citada plaza.

Magnánimo y sencillo como era el presidente Madero, mucho le ha de haber conmovido, al llegar frente al Palacio Nacional, ver el pavimento materialmente regado de cadáveres, en su mayor parte de gente del pueblo; enterarse luego de que el general Reyes había sido una de las primeras víctimas de la breve lucha, saber que el general Villar había resultado seriamente herido en un hombro y que el general Gregorio Ruiz se encontraba prisionero. Fue entonces cuando ordenó al general Villar que entregara la Jefatura de la Plaza al general Huerta y pasara de inmediato al Hospital Militar para ser atendido.

Mucho se ha criticado al señor Madero por haber aceptado los servicios de Huerta, a pesar de que su hermano

Gustavo y don Venustiano Carraza, gobernador de Coahuila, le habían advertido que el resentido vencedor de Pascual Orozco no era hombre digno de confianza.

Pocos momentos después de haberse hecho cargo el general Huerta de la Comandancia Militar de la Plaza, por cierto que con grave preocupación del general Villar, y estando el primero en conferencia con el presidente, se presentó el señor Juan Sánchez Azcona, su secretario particular, para informarle que el general Gregorio Ruiz solicitaba dos horas más de vida para declarar ante notario público ciertas modificaciones que deseaba hacer a su testamento. Apenas oyó Huerta lo anterior, se puso furioso y sin dar lugar a que el presidente dijera una sola palabra, salió vociferando soezmente y con el reloj en la mano dijo a sus ayudantes que les concedía cinco minutos para cumplir sus órdenes de fusilar al prisionero.

Lo anterior, declarado por Sánchez Azcona, desbarata las dulosas versiones de que el general Ruiz fue fusilado por orden del general Villar, así como ese otro despreciable infundio de que la ejecución se llevó a cabo por orden directa y telefónica de doña Sara Pérez de Madero, esposa del presidente.

Estando todavía en las azoteas del Palacio, alguien nos hizo señas para que fuésemos a ver lo que estaba pasando en el segundo patio; al acercarnos al pretil vimos parado tranquilamente frente al pelotón de fusilamiento a un hombre gordo, de mediana estatura y de grandes bigotes que resultó ser el general Ruiz. Llamados de nuevo a nuestros puestos, pues se acercaba una fuerza al parecer sospechosa, a los pocos minutos oímos la descarga fatal y el tiro de gracia reglamentario que acabaron con la vida de aquel valiente.

Más o menos a la misma hora se habían oído disparos de cañón rumbo a la Ciudadela. Los sublevados al acercarse a dicha fortaleza la empezaron a cañonear, aunque los defensores del recinto contestaron con tan certero fuego de fusilería y ametralladora que muy pronto acabaron con los servidores de la pieza enemiga.

No tardó mucho en escucharse el toque de "cese el fuego" procedente de la Ciudadela, pues algunos de los oficiales que estaban de acuerdo con los sublevados, dispararon sus ametralladoras por la espalda de los leales, matando entre otros al general Villarreal e hicieron prisionero al general Dávila. "Fue así, dice el general Urquiza, por medio de la traición, como Félix Díaz y los suyos lograron tomar el recinto que no habían podido dominar por la fuerza de las balas".

Ese mismo día, por orden del ministro de Guerra, general García Peña, se empezaron a llamar a la capital todas las fuerzas que estaban cerca de la misma, principalmente a los cuerpos rurales, de origen maderista, por considerárseles leales. En la tarde el señor Madero se aventuró a ir personalmente a Cuernavaca con objeto de traer al general Felipe Ángeles, a la sazón en aquella ciudad dirigiendo la campaña contra los zapatistas.

En ese intervalo, Huerta mandó llamar al ingeniero Alberto García Granados para ofrecerle la presidencia interina de la República, con cuya medida esperaba dar por terminada la guerra civil. Este incidente demuestra de manera palmaria que Huerta desde un principio tuvo la idea de derrocar al señor Madero y si bien le había ofrecido sus servicios, era porque no reconocía en el general Reyes ni en Félix Díaz méritos suficientes para encabezar la revolución y porque al lado del gobierno esperaba sacar ventajas personales.

Como a las cinco de la tarde de ese mismo día 9 de febrero, en vista de que una vez tomada la Ciudadela por los rebeldes no hubo más actividad de parte de ninguno de los bandos, pedí permiso para bajar de la azotea. Estando en uno de los corredores vi llegar al doctor Fructuoso Irigoyen, furibundo "felicista" y además jefe de la sala del Hospital Militar donde yo prestaba mis servicios. Muy mala impresión le causó encontrarme armado y dispuesto a defender al gobierno, pero poco a poco se fue calmando y seguimos conversando amistosamente. En esto vimos venir a un personaje civil de anteojos oscuros, seguido de varios oficiales. Nos pusimos de pie, cuadrándonos militarmente, pues mi jefe reconoció al general Huerta, quien por toda respuesta a nuestro saludo, se llevó la mano hasta tocar los anteojos como para acomodárselos, según parece era su costumbre. Me causó disgusto que no contestara debidamente el saludo; desde luego sentí antipatía hacia él y así se lo hice ver al doctor Irigoyen, el cual por toda respuesta me hizo una señal de silencio.

Un poco más tarde y en vista de que parecía reinar la más absoluta calma en toda la ciudad, pedimos permiso para salir, no dejando de sorprendernos observar que el zócalo estaba completamente desierto. Aquí y allá se veían charcos de sangre media seca de las víctimas caídas en la mañana; los árboles y las estatuas que entonces había en la plaza, mostraban los impactos de las balas y era tal el silencio que parecía que estábamos en una ciudad muerta. En las boca-

calles había retenes de soldados sin ningún atrincheramiento y sin más armas que sus fusiles.

Ese día ya no hubo más combates. Las fuerzas rivales se dedicaron únicamente a hacer preparativos para las batallas que habrían de seguir. El resto del país estaba en calma; la asonada no había sido secundada en ninguna otra parte y el pueblo de la capital, fuera de los pocos que se unieron a los de la Ciudadela, permanecía indiferente. Hasta las aguerridas huestes zapatistas parecían haber concedido una tregua al gobierno, para enfrentarse después, si era necesario, a lo que parecía como un movimiento restaurador del porfirismo.

Ese mismo día, el señor Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos, cuya enconada antipatía hacia el presidente Madero era bien conocida porque éste no le consultaba sobre los asuntos de gobierno, telegrafió al Departamento de Estado de su país, dando cuenta de la insurrección, agregando que en vista de no haberle dado el señor Madero las garantías que le pedía para los extranjeros, se las había demandado al rebelde Félix Díaz por medio de un mensajero que éste le envió.

Más tarde mandó comunicaciones al Inspector General de Policía y a las comisarías, solicitando la clausura de todas las cantinas y pulquerías, lo que si bien era una buena sugerión, no era evidentemente asunto de su incumbencia.

Así terminó, según lo que pude ver y saber después, aquel fatídico 9 de febrero, primer día de la que fue llamada "Decena Trágica", la cual en realidad fue toda una "quincena" de horrores que culminó con el proditorio asesinato de los primeros mandatarios durante la noche del 22 al 23 de febrero.